

No más religión descafeinada

Carlos Díaz

Filósofo. Miembro del Instituto E. Mounier.

El hombre contemporáneo del Occidente rico apenas sabe vivir, pues ha hecho la experiencia de penúltimidad tomándola por ultimidad, y no se eleva: ¿cómo iba a elevarse un sujeto cuya experiencia de subjetividad constituye un sumando más entre los demás vectores de su vida?, ¿cómo no habría de quedar vacío, parcial, desconexo, sin apenas síntesis, un antropocentrismo incapaz de unirlo todo desde un yo que a su vez está él mismo necesitado de síntesis? Como el barón de Münchhausen, intenta denodadamente salir de la zanja tirándose de la coleta, y el resultado es una mayor desolación y una mayor calvicie: un sujeto empírico no puede devenir él mismo sujeto trascendental.

En muchos casos, pese a todo, nuestro contemporáneo, desasosegado, sigue buscando la identidad perdida, quiere dar una forma de realidad a su vida, aunque suele buscarla mal, casi siempre en la cultura de lo inmediato: cama, carne, dinero, que no elevan. Otras veces hay quien se «convierte» espectacularmente al sentido y cambia su vida como por arte de magia: sucesivos gurus les transportan a otros mundos para los que sus neófitos no se encuentran preparados culturalmente, produciéndose en ellos saltos emocionales continuos que no ayudan a madurar a la vez en la fe y en la razón, resultando por ende mutaciones folclóricas, sectarias, manipulables, inestables y dogmáticas.

Así las cosas, ¿cómo ayudar verdaderamente al ser humano de nuestros días a caminar hacia esa madurez mayor que conlleva la identidad de creyente serio? Ayudándole a recorrer el proceso que va de los sentidos a lo sensible, y de lo sensible al sentido; dicho a la Levi-Strauss, ayudando a pasar de lo crudo a lo cocido por una implicación madurativa de los sentidos, y ello del modo siguiente:

- a. Maduración del *oído*, pues es por el oído como llega la enseñanza en la cercanía, y es por el relato en la cercanía como se aprende la experiencia histórica que luego será a su vez testificada y que consiste en relatar lo oído.
- b. Maduración de la *vista*; lo oído-creído (*fides ex auditu*) es madurado en la *vista*, en el concepto que pierde en cercanía lo que gana en distancia, en eidética, en rigor epistemológico, y que sirve de nexo para el paso siguiente.
- c. Maduración del *olfato* (que no se satisface con el «me parece sentir olor de mujer» del villano de la ópera, sino que rastrea la orgía de olores de *El perfume* de P. Süskind). Oler huele sólo el sudado, el empapado en el esfuerzo testimonial; que no ocurra conforme a la crítica de Nietzsche, a saber, que no huelen a nada: librenos Dios del ino-into-nsi-posmoderno, antítesis de la madurez humana.

d. Maduración del *tacto*, pues el olor a *humus* sólo es profundo tras el con-tacto con el *homo*, en ese tacto que no es el tacto de la razón dialógica, sino el con-tacto de la razón profética, el hombre con hombre de todo hombre con hombre, es decir, de todo pobre con todo pobre.

- e. Maduración del *gusto*, que resulta del saber que saborea (*sapere, sapore*) tras tomarle gusto a lo que comenzó por el oído, pues una cultura que no nos hace felices no lo es, antes al contrario, porque nos hace felices hay que relatarla a los demás, llevarla a otros con racionalidad comunicativa, cual *missio* o misión que surge de la abundancia del corazón: *ex abundantia cordis os orat*, de la abundancia del corazón habla la boca.

En suma, henos ante una cocina con verdadero sabor religioso que es, por ende, en el caso católico, por ejemplo, *acción católica*, por cuanto que todo lo que hace lo torna universal desde el *oikós* de la Iglesia. Esta cocina, esta pasión de servir esa comida a los demás y de ser capaz de probar y saborear la que el otro te ofrece hace irresistible cultura.

En resumen, cuanto más funcionen los cinco sentidos, más institución de sentido deviene el sentiente; en sentido contrario, cuantos menos sentidos funcionan más cerca se está de la muerte, que al final es el no funcionamiento de nada.



Ahora bien, cuando no solamente funciona y vive alerta el propio cuerpo, sino cuando funciona el sentido del prójimo pobre, estamos aún más vivos. Cuando das sangre

para que el otro funcione funcionas tú más: sólo se posee lo que se da. Esa es la universalidad de la universalidad en la catolicidad de lo católico. Lo demás, mera ideología

sin vitalidad, una vez más religión descafeinada, incolora, inodora, insípida: la que se convierte en anti-pasto.